

les me incluyo desde luego, Maüsethurm viene de *maüse*, que se deriva de *mus*, y que quiere decir *rata*. Ese pretendido peaje es la torre de las Ratas y ese inspector de fieltos es un espectro.

Después de todo, las dos opiniones pueden conciliarse. No es absolutamente imposible que hacia el siglo diez y seis y diez y siete, después de Lutero y después de Erasmo, algunos espíritus fuertes hayan *utilizado* la torre de Hatto y hayan instalado momentáneamente alguna dependencia y algun peaje en esta ruina poco frecuentada. Por qué no? Roma también hizo del templo de Antonino su aduana, la *dogana*. Lo que Roma hizo en la historia, Bingen ha podido hacerlo en la leyenda.

De esta manera *Mauth* tendría razón y *Maüse* no dejaría de tenerla.

Pero sea lo que fuere, desde que la vieja criada me contó el cuento de Hatto, Maüsethurm fué siempre una de las visiones familiares de mi espíritu. Tú lo sabes; no hay hombre que no tenga sus fantasmas, como no hay hombre que no tenga sus quimeras.

De noche pertenecemos á los sueños; tan pronto es un rayo el que los cruza como una llama, y según el reflejo colorante, el mismo sueño es una gloria celeste ó una aparición del infierno. Efecto de fuegos de bengala que se produce en la imaginación.

Debo decir que la torre de las Ratas nunca, en medio de su charco de agua, había dejado de aparecérseme más que de un modo horrible.

También ¿te lo confesaré? cuando el azar, que me conduce un poco á su capricho, me dirigió hacia las orillas del Rhin, el primer pensamiento que se me ocurrió no es que vería la cúpula de Maguncia, ó la catedral de Colonia, ó el Pfalz, sino que visitaría la torre de las Ratas.

Juzga, pues, el efecto que me produciría á mí, pobre poeta crédulo, si no creyente, y pobre anticuario apasionado como soy. El crepúsculo sucedía lentamente al día, las colinas se oscurecían, los árboles se ennegrecían, algunas estrellas chispeaban, el Rhin murmuraba en la sombra, nadie pasaba por el camino blanquizco y confuso que se estrechaba para mi mirada á medida que la noche se echaba encima y que se perdía, por decirlo así, entre vapores, á algunos pasos delante de mí. Yo caminaba lentamente con la vista clavada en la oscuridad; sentía que me acercaba al Maüsethurm y que dentro de pocos instantes esa ruina formidable, que hasta entonces había sido para mí una alucinación, iba á convertirse en una realidad.

Un proverbio chino dice: "El venablo se desvia cuando se dá demasiada tensión al arco." Esto es lo que sucede al pensamiento. Poco á poco ese vapor que se llama el delirio entró en mi espíritu. Los vagos rumores del follaje murmuraban apenas en la montaña; el golpe acompasado, claro, débil y agradable de una fragua lejana é invisible llegaba hasta mí; insensiblemente olvidé el Maüsethurm, las ratas y el arzobispo; sin detenerme me puse á escuchar el ruido del yunque, que es entre las voces que se oyen á la caída de la tarde una de las que despiertan en mí las ideas más indecibles; había cesado y aun lo escuchaba, y no sé cómo sucedió que al cabo de un cuarto de hora me encontré que había hecho, casi sin querer, los siguientes versos:

Trabajaba el Amor. Del yunque al ruido,
Suspendían los pájaros sus vuelos,
Y entreabrían los ojos desde el nido,
Y vertía en los montes su encendido
Color; Venus, carbunco de los cielos.

La codorniz y el tordo en la enramada
Se decían: Quién arma esa querrela?
Y un pitirrojo contestó: No es nada;
Es que forja el Amor una mirada,
Una mirada que robó á una estrella.

Y las aves, riéndose del niño,
Exclamaban: Amor, joven maestro,
Qué hacéis con ella vos, siendo tan diestro?
Muy pura es para el traidor cariño,
Muy dulce es para el servicio vuestro.

Mas Cupido les dijo entre deshechas
Nubes de chispas: Á dormir, esclavas;
Plegad las alas ó entonad endechas.
Las miradas más puras son mis flechas,
Y los ojos más dulces mis aljabas.

Cuando terminaba estos versos llegué á una revuelta del camino y me detuve bruscamente. Hé aquí lo que tenía delante de mí. A mis piés el Rhin, corriendo y precipitándose en las malezas con un murmullo ronco y furioso, como si escapase de un mal paso; á derecha é izquierda montañas, ó mejor dicho, grandes masas de oscuridad perdiendo su cúspide en las nubes de un cielo sombrío salpicado de algunas estrellas; en el fondo, por horizonte una inmensa cortina de sombra; en medio del río, á lo lejos, erguida dentro de un agua lisa, grasienta y como muerta, una gran torre negra de una forma horrible y de cuyo remate salía, agitándose en oscilaciones extrañas, ignoro qué nebulosidad rojiza. Esta claridad, que se parecía á la

reverberación de algun respiradero incendiado ó al vapor de una hornaza, arrojaba sobre las montañas un resplandor pálido y descolorido, hacia resaltar á la mitad de la colina en la ribera derecha una ruina lúgubre, parecida á la larva de un edificio, y su reflejo llegaba hasta mí en el espejo fantástico del agua. Figúrate, si puedes, ese paisaje siniestro vagamente dibujado por luces y tinieblas.

A todo esto, ni un rumor humano en esta soledad, ni un grito de ave; un silencio glacial y profundo, turbado únicamente por el lamento irritado y monótono del Rhin.

Tenia á la vista el Maüsethurm.

Yo no me lo había imaginado nunca tan espantoso. Todo lo tenía: la noche, las nubes, las montañas, las cañas entrecuchándose, el ruido del río lleno de secreto horror, como si se oyese el silbido de las hidras ocultas debajo del agua; los soplos tristes y débiles del viento, la sombra, el abandono, el aislamiento y hasta el vapor de la hornaza encima de la torre, hasta el alma de Hatto!

Estaba en presencia de mi sueño; ¿continuaría siéndolo para mí?

Entonces me asaltó una idea, la más sencilla del mundo, pero que en aquel momento me hizo el efecto de un vértigo; quise sobre la marcha, á aquella hora, sin esperar al día siguiente, sin aguardar á que se hiciese de día, abordar esta ruina. Tenía la aparición á la vista, la noche era profunda, el pálido fantasma del arzobispo se alzaba sobre el Rhin; este era el momento de visitar la torre de las Ratas.

Pero cómo hacerlo? ¿Dónde encontrar un bote á tal hora y en tal lugar? Atravesar el Rhin á nado hubiese sido llevar hasta la exageración el gusto por los espectros. Además, aun cuando hubiese sido muy buen nadador y demasiado loco para haberme decidido á realizar este capricho, la existencia precisamente en aquel sitio, á algunas brazas del Maüsethurm, de un remolino de los más temibles, el Bingerloch, que se engullía en otro tiempo las galeotas como un tiburón se traga un arenque, y para el que es indudable que un nadador tenía menos importancia que un gobio, me hubiese contenido. Estaba, pues, violento.

Siguiendo mi camino para acercarme á la ruina, me acordé que las palpitaciones de la campana de plata y los aparecidos del castillejo de Velmich no impe-

dian á las cepas y á las estacas labrar su colina y escalar sus escombros, y deduje de aquí que la vecindad de un remolino que por fuerza debe tener la ribera muy abundante de pesca, encontraría probablemente á la orilla del agua, cerca de la torre, alguna cabaña de pescador de salmon. Cuando los viñadores invaden Falkenstein y su ratón, los pescadores bien pueden afrontar á Hatto y sus ratas.

No me engañé. Sin embargo, marché aun largo rato sin encontrar nada. Llegué al punto de la ribera más vecino á la ruina, lo pasé, llegué casi hasta el confluente del Nahe, y ya desesperaba de encontrar un batelero, cuando, descendiendo hasta los mimbres de la orilla, apercibí una de esas grandes arañas-redes de que te he hablado. A algunos pasos de la red estaba amarrada una barca, en la cual dormía un hombre envuelto en una manta. Entré en la barca, desperté al hombre, le enseñé uno de esos grandes escudos de Sajonia que valen dos florines cuarenta y dos kreutzers, es decir, seis francos; me comprendió, y algunos minutos después, sin haber dicho una palabra, como si nosotros mismos hubiésemos sido dos espectros, navegábamos hacia el Maüsethurm.

Cuando estuve en medio del río me pareció que la torre, á la que nos acercábamos, en lugar de crecer, disminuía; era la grandeza del Rhin la que la achicaba. Este efecto duró poco. Como había tomado el bote en un punto de la ribera situado más alto que el Maüsethurm, bajábamos el Rhin y avanzábamos rápidamente.

Yo tenía los ojos fijos en la torre, en cuya cúspide aparecía siempre el vago resplandor, que veía ahora agrandarse distintamente, á cada golpe del remo, de una manera que, no sé por qué, me pareció terrible. De pronto sentí aplomarse bruscamente la barca debajo de mí como si el agua se plegase debajo de ella; la sacudida hizo rodar mi bastón á mis piés; miré á mi compañero, él también me miró con una sonrisa que, iluminada siniestramente por la reverberación sobrenatural del Maüsethurm, tenía algo de espantosa, y me dijo: *Bingerloch*. Estábamos en el remolino.

El bote giró; el hombre se levantó, cogió un bichero con una mano y una cuerda con la otra, sumergió el bichero en el agua, afianzándose en él con todo su peso, y se puso á marchar sobre la borda. Mientras marchaba, los bajos de la barca rozaban, produciendo un ruido so-

noro, la cresta de las rocas, ocultas debajo del agua.

Esta delicada maniobra se hizo sencillamente, con maravillosa destreza y admirable sangre fría, y sin que el hombre profiriese una palabra.

De repente sacó su bichero del agua y lo tuvo asegurado horizontalmente, echando uno de los cabos de la cuerda fuera del bote. La barca se detuvo rudamente. Abordamos.

Alcé los ojos. A cosa de medio tiro de pistola, en una pequeña isla que no se distingue desde la orilla del río, se levantaba el Maüsethurm, sombrío, enorme, terrible, recortado en su cúspide, ancha y profundamente carcomido en su base, como si las ratas espantosas de la leyenda se hubiesen comido hasta las piedras.

La luz no era una luz; era un resplandor brillante y feroz que despedía á lo lejos largos rayos hasta las montañas y salía por las grietas y los vanos disformes de la torre, como por los agujeros de una linterna sorda gigantesca.

Me pareció oír en el fatal edificio una especie de ruido singular; estridente y continuo, semejante á un rechinamiento.

Puse el pié en tierra, hice señal al batelero de que me esperase y me adelanté hácia la ruina.

Por fin llegaba á ella.

Aquella era la torre de Hatto, aquella era la torre de las Ratas, el Maüsethurm!; lo tenía ante mis ojos, á algunos pasos de mí, iba á entrar en él!

Entrar en lo que había sido el objeto constante de una pesadilla, marchar por dentro de esa pesadilla, tocar las piedras de una pesadilla, arrancar la yerba de una pesadilla, mojarse los piés en el agua de una pesadilla, esto á la verdad despertaba allí una sensación extraordinaria.

La fachada hácia la cual me dirigí tenía abierta una ventanilla en el desvan y cuatro ventanas desiguales, todas iluminadas, dos en el primer piso, una en el segundo y otra en el tercero. A la altura de un hombre, por debajo de las dos ventanas del primer piso, se abría de par en par una puerta baja y ancha, que se unía al suelo por medio de una maciza escala de madera con tres escalones. Esta puerta, que arrojaba más claridad todavía que las ventanas, estaba provista de una hoja de encina groseramente acoplada, que el viento del río hacia rechinar dulcemente sobre sus goznes. Al dirigirme hácia esta puerta con bastante

lentitud, á causa de las puntas de las rocas que aparecían mezcladas con las malezas, sentí pasar rápidamente por junto á mí, casi por entre mis piés, una masa redonda y negra, y me pareció ver una rata gorda huir en medio de las cañas.

A todo esto continuaba oyendo el rechinamiento.

No dejé por esto de avanzar: á los pocos pasos estuve delante de la puerta.

Esta puerta, que el arquitecto del perverso obispo había practicado á algunos piés del suelo, probablemente para ofrecer con este escalamiento un obstáculo á las ratas, había sido en otro tiempo la entrada de la habitación baja de la torre; ahora ya no existían en la ruina ni habitaciones bajas ni habitaciones altas. Todos los pisos caídos unos sobre otros, todos los cielos rasos sucesivamente desmoronados, han hecho del Maüsethurm una sala cerrada entre cuatro altas murallas, que tiene por suelo los escombros y por cielo raso las nubes del cielo.

Entretanto aventuré mi mirada en el interior de esta sala, de donde salían un rechinamiento tan extraño y un resplandor tan extraordinario.

Hé aquí lo que ví:

En un ángulo que hacia frente á la puerta había dos hombres. Estos dos hombres me volvían la espalda. Se inclinaban, el uno agachado y el otro encorvado, hácia una especie de torno de hierro, que con un poco de imaginación se hubiese podido tomar por un instrumento de tortura. Tenían los piés descalzos, los brazos desnudos, iban vestidos de harapos, llevaban unos pedazos cuadrados de cuero en las rodillas y una gruesa chaqueta con capucha que caía sobre la espalda. El uno era viejo, yo veía sus cabellos grises; el otro era joven, yo veía sus cabellos rubios, que parecían rojos gracias al reflejo de púrpura de un gran horno encendido en el ángulo opuesto de la ruina. El viejo tenía su capuchon inclinado á la derecha, como los güelfos; el joven lo llevaba inclinado á la izquierda, como los gibelinos. No obstante, ni era güelfo el uno ni gibelino el otro; no eran tampoco dos verdugos, ni dos demonios, ni dos espectros; eran dos herreros. Este horno, donde se enrojecía una larga barra de hierro, era su chimenea. El fulgor, que figuraba de un modo tan extraño en este melancólico paisaje el alma de Hatto cambiada por el infierno en llama viva, era el fuego y el humo de esta chimenea. El rechinamiento era

el ruido de una lima. Cerca de la puerta, al lado de una cubeta llena de agua, dos martillos de mangos largos descansaban en un yunque; este es el yunque que oí cerca de una hora antes y que me dió pié para hacer los versos que has leído.

De modo que hoy el Maüsethurm es una fragua. ¿Por qué no habría podido ser en otro tiempo aduana? Ya ves, amigo mio, que decididamente *Mauith* quizá no iba descaminado.

No hay nada más degradado ni más decrépito que el interior de esta torre. Estos muros, en los cuales se clavaron las espléndidas tapicerías episcopales; donde las ratas, dicen las leyendas, *royeron por todas partes el nombre de Hatto*, estos muros están en la actualidad desnudos, arrugados, desgastados por la lluvia, por fuera coloreados de verde por las brumas del río y por dentro ennegrecidos por el humo de la fragua.

Los dos herreros eran de lo mejor que se conoce en el mundo. Subí la escala y entré en la ruina. Me enseñaron al lado de su chimenea la puerta estrecha y agrietada de una torrecilla sin ventanas, hoy inaccesible, donde, dijeron ellos, el arzobispo se refugió desde el primer momento.

Después me prestaron una linterna y pude visitar toda la isleta. Era una larga y estrecha lengua de tierra, donde crece por todas partes, en medio de un ceñidor de juncos y de cañas, la *euphorbia officinalis*. A cada paso, recorriendo esta isla, el pié tropieza con montecillos ó se hunde en las galerías subterráneas. Los topos han reemplazado allí á las ratas.

El Rhin ha descarnado y puesto al descubierto la punta oriental del islote, que lucha como una proa contra su corriente. No hay allí tierra ni vegetación; solo existe una roca de mármol rosado que, al resplandor de mi linterna, me pareció veteada de sangre.

Sobre este mármol está construida la torre.

La torre de las Ratas es cuadrada. La torrecilla, cuyo interior me señalaron los herreros, tiene un relieve pintoresco en el lado que mira hácia Bingen. El corte pentagonal de esta torrecilla larga y elevada y las barbancas postizas en las cuales se apoya, indican una construcción del siglo once. Por debajo de la torrecilla es por donde las ratas parece que han roído profundamente la base de la torre.

Los vanos de la torre han perdido de

tal modo toda forma, que sería imposible conjeturar ninguna fecha. El muro, descortezado aquí y allá, traza en las paredes exteriores una lepra horrible. Piedras informes, que han sido almenas ó barbancas, figuran en la cúspide del edificio dientes de marsopla ó huesos de mastodonte afianzados en la muralla.

En lo alto de la torrecilla y en la extremidad de una larga asta flota y desgarrada el viento un triste girón blanco y negro. Encontré en el acto no sé qué armonía entre esta ruina de duelo y este pingajo fúnebre. Era sencillamente la bandera prusiana.

Recordé, en efecto, que los dominios del gran duque de Hesse terminan en Bingen. La Prusia rhenana comienza allí.

Te ruego que no tomes en mal sentido lo que te digo acerca de la bandera de Prusia. Te hablo del efecto que me produjo y nada más. Todas las banderas son gloriosas; el que ama la bandera de Napoleon no insultará jamás la bandera de Federico.

Después de haberlo visto todo y cogido una ramita de euforbio, dejé el Maüsethurm. Mi batelero se había vuelto á dormir. En el momento que cogió de nuevo su palo de virar y la barca se alejó de la isla, los dos herreros volvieron otra vez al yunque, y oí silbar en la cubeta de agua la barra de hierro roja que acababan de sumergir en ella.

Ahora qué te diré? Que media hora después estaba en Bingen, que tenía mucha hambre, y que después de cenar, á pesar de que estaba fatigado y que era muy tarde, y los honrados vecinos estaban entregados al sueño, subí al Klopp, viejo castillo arruinado que domina á Bingen, mediante un thaler que ofrecí con este objeto.

Allí disfruté de un espectáculo digno de cerrar esta jornada, en la que había visto tantas cosas y recibido la impresión de tantas ideas.

La noche atravesaba su hora más adormecida y más profunda. Por debajo de mí un montón de casas negras yacia como un lago de tinieblas. No había en toda la ciudad más que siete ventanas iluminadas. Por una extraña casualidad, esas siete ventanas, parecidas á siete estrellas rojas, reproducían con perfecta exactitud la Osa mayor, que centelleaba en aquel mismo instante, pura y blanca, en el fondo del cielo; de tal manera, que la majestuosa constelación, encendida á millones de leguas por encima de nues-

tras cabezas, parecía reflejarse á mis piés en un espejo de tinta.

CARTA XXI.

Leyenda del hermoso Pecopin y de la bella Bauldour.

- I.—Leyenda.
- II.—El ave Fénix y el planeta Venus.
- III.—Donde se explica la diferencia que hay entre el oído de un jóven y el oído de un viejo.
- IV.—Donde se trata de las diversas cualidades propias de las diversas embajadas.
- V.—Buen efecto de una buena idea.
- VI.—Donde se vé que hasta el mismo diablo comete una falta por ser gloton.
- VII.—Amigables proposiciones de un viejo docto retirado en una cabaña de follaje.
- VIII.—El cristiano errante.
- IX.—En donde se vé qué es lo que sirve de entretenimiento á un enano en un bosque.
- X.—*Equis canibusque*.
- XI.—A lo que uno se expone montando un caballo que no conoce.
- XII.—Descripción de un mal albergue.
- XIII.—A tal posada, tal mesa redonda.
- XIV.—Nueva manera de desmontar.
- XV.—Donde se vé cuál es la figura retórica que Dios usa con más frecuencia.
- XVI.—Donde se trata la cuestión de si se puede reconocer al que no se ha conocido.
- XVII.—Observaciones que se le ocurrieron á la entrada.
- XVIII.—Donde aprenderán los espíritus graves cuál es la más impertinente de las metáforas.
- XIX.—Bellas y prudentes palabras de cuatro filósofos bípodos adornados con plumas.

Bingen, Agosto.

Te habia prometido una de las famosas leyendas del Falkenburg, quizás la más bella, la sombría aventura de Guntram y de Liba; pero he reflexionado. ¿A qué contarte cuentos que el primer curioso recién llegado te referirá, y te referirá mejor que yo?

Mas ya que quieres absolutamente historias para tus niños, hé aquí una, amigo mio. Es una leyenda que positivamente no encontrarás en ningun legendaro. Te la envío tal como la he escrito al pié de las mismas murallas del edificio desplomado, teniendo ante mis ojos el fantástico bosque de Sonn, é inspirado, así me lo he llegado á creer, por los árboles, los pájaros y el viento de las ruinas. Acabo de hablar con ese viejo soldado francés que se ha convertido en pastor de estas montañas y se ha vuelto casi salvaje y casi hechicero; singular fin para un tambor mayor del 37.º de ligeros! Este buen hombre, antiguo soldado de los ejércitos volterianos de la República, me ha parecido que cree hoy en las hadas y en los gnomos, como en

otro tiempo creyó en el emperador. La soledad obra siempre de esta manera sobre la inteligencia; ella desarrolla la poesía que existe siempre en el hombre; todo pastor es soñador.

He escrito, pues, este cuento azul en el lugar mismo donde pasó, oculto en el foso, sentado en un pedrusco que fué roca en otro tiempo, que se transformó en torre el siglo doce y que volvió á convertirse en lo que es, cogiendo de cuando en cuando una flor salvaje para que la aspirase el alma, uno de esos lirios que huelen tan bien y mueren tan pronto, y mirando do quiera la yerba verde y el cielo radiante, mientras que grandes nubarrones de oro se desgarran en las sombrías ruinas del Falkenburg.

Esto dicho, hé aquí la historia.

I.

Leyenda.

Pecopin el hermoso amaba á Bauldour la bella y la bella Bauldour amaba al hermoso Pecopin. Pecopin era hijo del burgrave de Sonneck y Bauldour era hija del señor de Falkenburg. El uno era dueño del bosque, el otro de la montaña. Ahora bien, ¿qué cosa más natural que enlazar la montaña con el bosque? Entendiéronse los dos padres y Bauldour fué prometida á Pecopin.

Aquel día era uno de los de Abril: en el bosque los sauces y ogiacantas abrian al sol sus corolas; mil pequeñas y encantadoras cascadas, nieves y lluvias cambiadas en arroyos, horrores del invierno convertidos en gracias de la primavera, saltaban armoniosamente por la montaña, y el amor, ese Abril del hombre, cantaba, resplandecía y se espaciaba en el corazón de los dos amantes.

El padre de Pecopin, viejo y valiente caballero, honor del Nahegan, murió poco tiempo despues de firmarse los esponsales, bendiciendo á su hijo y recomendándole á Bauldour. Pecopin lloró; despues, poco á poco, de la tumba que encerraba el cuerpo de su padre, sus miradas se fueron dirigiendo al dulce y radiante rostro de su prometida y se consoló. Cuando la luna se levanta, quién se acuerda del sol puesto?

Pecopin tenia todas las cualidades de un caballero, de un jóven y de un hombre; Bauldour era una reina en su casa, una virgen santa en la iglesia, una ninfa en los bosques y una hada en el trabajo.

Pecopin era gran cazador y Bauldour

muy buena hilandera. Ningun motivo de odio existe entre el huso y el morral de red que usan los cazadores. La hilandera hilaba mientras cazaba el cazador. Hallándose ausente el amante, la rueca consuela y ahuyenta los enojos. La jauría aulla, el torno canta. La jauría, que se oye apenas allá á lo lejos, mezclado su sonido con el de la trompa de caza y perdidos sus ecos en la profundidad de los jarales, dice envanecida y en voz baja que llega al oído como un rumor: "Piensa en tu amante." El torno, que obliga á la bella hilandera á bajar los ojos, dice muy alto y sin cesar, con su vocecita dulce y severa: "Piensa en tu marido." Y todo vá bien cuando el marido y el amante piensan en una misma cosa.

Casad, pues, á la hilandera con el cazador y nada temais.

No obstante, fuerza es decirlo, Pecopin tenia un delirio por la caza. Cuando montaba su caballo y tenia el halcon en su puño, ó cuando seguía con la vista su presa y oía el ladrido feroz de sus sabuesos de torcidas piernas, partía, volaba, lo olvidaba todo. En ninguna cosa conviene excederse. La dicha tiene por base la moderación. Guardad el equilibrio en vuestros gustos y no solteis la brida á vuestros apetitos. El que ama demasiado á los caballos y á los perros ofende á las mujeres; el que ama demasiado á las mujeres ofende á Dios.

Cuando Bauldour, y esto sucedía con frecuencia, cuando Bauldour veía á Pecopin dispuesto á partir montado en su caballo, que relinchaba de alegría y estaba más arrogante de llevarle que si hubiese conducido á Alejandro el Grande en traje imperial; cuando ella veía á Pecopin acariciarle, pasarle la mano por el cuello y, alejando la espuela de los costados, presentarle un manojito de yerba para refrescarle, Bauldour tenia celos del caballo. Cuando Bauldour, esa noble y altiva dama, ese astro de amor, de juventud y de belleza, veía á Pecopin acariciar su dogo y acercarse amigablemente á su agradable y varonil rostro aquella cabeza roma, aquellas gruesas narices, aquellas anchas orejas y aquella boca negra, Bauldour tenia celos del perro.

Entonces sucedía que se iba á su aposento, irritada y triste, y lloraba. Despues reñía á sus doncellas, y despues de sus doncellas á su enano, pues la cólera de las mujeres es como la lluvia en el bosque; cae dos veces. *Bis pluit.*

Pecopin llegaba por la noche lleno de

polvo y fatigado. Bauldour refunfuñaba, murmuraba un poco y dejaba brillar una lágrima en sus ojos azules; pero Pecopin besaba su pequeña mano y ella se callaba; Pecopin besaba su hermosa frente y ella sonreía.

La frente de Bauldour era blanca, pura y admirable como la trompa de caza de marfil del rey Carlo-Magno.

Despues se retiraba á su torrecilla y Pecopin á la suya. Jamás permitía que el jóven la abrazase. Una noche él apretó ligeramente su brazo y ella se puso encendida como la grana. Estaba prometida y no casada. Pudor en la mujer es lo que la galantería en el hombre.

II.

El ave Fénix y el planeta Venus.

Los dos se adoraban.

Pecopin tenia en su sala de armas de Sonneck un gran cuadro dorado representando el cielo y los nueve cielos, cada planeta con su color propio y á su lado su nombre escrito con bermellon: Saturno, blanco aplomado; Júpiter, claro, pero chamuscado y un poco sanguino; Venus la oriental, encendido; Mercurio, chispeante; la Luna, con su baño plateado; el Sol, todo fuego y despidiendo rayos. Pecopin borró el nombre de Venus y escribió en su lugar *Bauldour*.

Bauldour tenia en su cámara reservada una tapicería de lizos altos, en la cual estaba figurado un pájaro de la magnitud de un águila, con el cerco del cuello dorado, el cuerpo de color de púrpura, la cola azul, mezclada de plumas encarnadas, y sobre la cabeza crestas sobrepuestas de un penacho de plumas. Debajo de este pájaro maravilloso el artífice habia escrito esta palabra griega: *Phenix*. Bauldour borró esta palabra y bordó en su lugar este nombre: *Pecopin*.

Entre tanto el día fijado para la boda se aproximaba. Pecopin estaba alegre y Bauldour era feliz.

En la montería de Sonneck habia un picador, más bien dicho, un bribon de siete suelas, de fácil palabra y malicioso consejo, que se llamaba Erilangus. Este hombre, en otro tiempo muy buen arquero, habia sido solicitado para casarse por muchas aldeanas del país de Lorch; pero rechazó los ofrecimientos de las interesadas y se hizo *perrero*. Un día que Pecopin le preguntaba la razón de esta negativa, Erilangus le contestó: *Monseñor, los perros tienen siete especies de rabia y las mu-*